

ORIENTACION

ORGANO DE IZQUIERDA REPUBLICANA DE VALDEPEÑAS

PRECIO DE SUSCRIPCION MENSUAL 0,75 PTAS.

NUMERO SUELTO 0,15 PTAS.

1937

MAYO

20

JUEVES

De los trabajos publicados responden sus autores

AÑO III

Redacción y Administración: Sebastián Bermejo, 7 (Izquierda Republicana)

Núm. 61

DEPURACION

¡Qué fácil y qué difícil es hacerla! Muy fácil si se realiza con la vista puesta en el bien de la República y en la necesidad de unificar los esfuerzos para ganar lo más pronto posible la guerra. Muy difícil si se efectúa mirando a los intereses de partido y anteponiendo el proselitismo a los afanes de la contienda bélica. Lo lamentable es que haya sido preciso el drama de Cataluña para sentir en forma imperiosa la necesidad de limpiar la retaguardia de elementos peligrosos, disfrazados de hombres de izquierdas, y cuyos carnets son el arma adecuada para operar magníficamente a favor de los fascistas.

¡Cómo nos ha cegado nuestra buena fé o nuestra desmedida ansia de captar adeptos para nuestros organismos políticos y sindicales! Realmente, dicho sin modestia para nadie, debiera abochornarnos que en plena guerra, cuando tanta sangre se está derramando por destruir la reacción que a todo trance quiere sojuzgar al pueblo bajo su férula, los más ardientes defensores de ella, con el impudor que siempre les caracterizó en política, no sólo disfruten de los beneficios que les corresponden como afiliados de partidos o sindicales, sino que tengan la desfachatez y la desvergüenza de convertirse en los rectores de la hora actual, pretendiendo anular a los hombres que lo expusieron todo, incluso la vida, cuando ellos ayudaban a los tiranos en la tarea de esclavizar al trabajador y reducirlo a la condición de una bestia de carga.

¿Estamos locos o es que no somos dignos de la gesta de nuestros bravos y heroicos combatientes? ¿No es bastante la tragedia que envuelve a España para establecer todavía, la solidaridad entre todos los antifascistas? ¿A qué esperamos? Si somos incapaces de unirnos ante el peligro que representa para la causa del proletariado y de la civilización el triunfo del fascismo, habrá que reconocer, por duro que sea, esta amarga verdad: que ni somos revolucionarios, ni somos demócratas, ni somos hombres dignos, ni merecemos la libertad que tanta veces invocamos; benévolamente juzgados, una cuadrilla de inconscientes, egoístas, insolidarios, que merecemos el látigo y la espuela como instrumento de gobierno.

Hagamos la depuración. Y hagámosla en forma que jamás pueda fallar ni debilitarse nuestra labor de retaguardia. No nos cercene la voluntad el miedo a herir afecciones personales o de partido. Tampoco nos guíe el rencor o el odio en la eliminación. Que viva todo el mundo, que los adversarios de ayer tengan que rendirse ante los beneficios de la revolución y que todo trabajador se sienta ancho en el solar de la España republicana. Pero que no mangonen. Que no nos envenenen con el virus reaccionario de que están saturados. Que no tengan prisa en mandar. Que esperen y pongan freno a sus impacencias. Que sepan perder como los demás supimos aguantar la derrota. Y al cínico, al emboscado de mala fe, al traidor que se esconda con el carnet de nuestras organizaciones para herir de muerte nuestra causa, sin piedad, con energía, aunque serenamente, entréguese a los Tribunales Populares para que éstos les impongan la justicia que sea imprescindible y necesaria para ganar la guerra y salvar la revolución.

¡Depuración, Depuración y Depuración! Y conste, para que nadie alegue ignorancia, que quien estorbe o dificulte en lo más mínimo la obra de saneamiento en la retaguardia, se llame como se llame, es un pobre diablo, si no es algo peor, que colabora eficazmente a la victoria de los que vendieron a España al extranjero e intentan convertirla en una cáfila del trágico e incivilizado Marruecos.

Siluetas bélicas

Tormenta en el frente

Días espléndidos de primavera. Abril viste de alegría los campos del Jarama, aún empapados en sangre. Hay en el aire aroma de tomillo en flor. Los olivos, en la ladera de un cerro, muestran el fruto que no pudo recogerse. Unos chaparros cenizosos, nacidos entre las rocas, ponen la nota montaraz en el paisaje. En un pequeño valle, por el que un arroyuelo limpia las guijas, un pacífico asno come plácidamente, ajeno por completo a lo que estamos viviendo. Es una tarde apacible y tranquila, pues a pesar de estar próximos a las avanzadillas sólo algún que otro «paco» nos recuerda que estamos en el teatro de la guerra. A medida que escalamos peñas y bordeamos montecillos, vense socabadas en las vertientes de los cerros, las «chavolas», a modo de cuevas primitivas, que recuerdan la civilización de la Prehistoria. Delante de ellas, los soldados de descanso charlan, duermen, escriben.

No obstante la tranquilidad del frente, de cuando en cuando se oye, junto al disparo del fusil, algún mortero o el leve tableteo de una ametralladora, que demuestran que los combatientes de uno y otro bando vigilan. Por una red de trincheras llegamos a la primera línea. Nuestra curiosidad nos mueve a asomar la cabeza. Una bala silva rápida, pero sin embargo hemos podido ver, a unos cien metros de nosotros, las avanzadas enemigas.

Los soldados que operan en esta parte del sector son todos veteranos. Muchos de ellos fueron actores en las gestas del Cuartel de la Montaña, de Somosierra, de Campamento, de Navalperal. Uno de ellos, pagado de su veteranía, profetiza:

—Esta tarde habrá «tomate».

Indago los motivos de esta profecía y me dicen:

—Es que va a llover y los días de lluvia, quieren probar si nos descuidamos.

Contemplo el cielo y veo que, efectivamente en el azul de una hora antes se han formado densos nubarrones. Y un vientecillo precursor de la tormenta nos acaricia el rostro y hace cimbrarse elegantemente a las florecillas del prado. A los pocos minutos principian a caer algunas gotas, acompañadas de relámpagos y truenos. Poco después llueve y graniza de tal modo que estamos hechos una «sopa». E instantáneamente, cumpliéndose el vaticinio que poco antes me asombraba, suena fuerte cañoneo y nutrido fuego de fusil y ametralladora. Algunos soldados enemigos asoman sus cuerpos por encima del parapeto. Creen cogernos de sorpresa, pero nuestras tropas responden tan vigorosamente y lanzan las bombas de mano con tal maestría que nadie intenta repetir la hazaña de los soldados anteriores, ya que éstos la pagaron con su vida. Y así continúa el ataque durante quince minutos, que es el tiempo que dura la tormenta. Después, como vestigio de la pequeña, pero dura; lucha sólo quedan las caras embarrizadas. Abandonamos las trincheras y otra vez, como si nada hubiera ocurrido, el mismo cuadro de antes: los soldados que se distraen o descansan junto a las chavolas, el asnucho triscando la hierba y el débil airecillo que agita blandamente las hojas de los árboles.

Gronfon